

LA ILÍADA

Selección de Textos

María José Mora Friedl



“Canta oh! Diosa la IRA del Périda Aquileo, cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves - cumpliase la voluntad de Zeus - desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquiles.”

Estos 7 versos, son las primeras líneas fundantes de la literatura occidental.

En estos 7 primeros versos está contenida la Iliada completa. Es una capacidad de síntesis perfecta por parte de un poeta excepcionalmente extraordinario.

“Este fragmento pertenece a la obra literaria más extraordinaria de occidente”. LA ILÍADA. (Pablo Neruda)

Según el poeta inglés Alfred Tennyson, “la Iliada tiene la métrica más majestuosa jamás moldeada por labios humanos”.

Durante siglos esta obra ha sido elogiada por expertos, literatos, poetas.

La Iliada fue compuesta durante el siglo IX en Grecia, por un rapsoda llamado Homero, nacido en Esmirna, quien se empeñó en levantar el caído espíritu de su pueblo y recordar las hazañas y proezas de antaño.

La obra fue compuesta para ser cantada en una época en que la historia griega había perdido la escritura. Su composición en versos hexamétricos dactílicos, es de una armonía y precisión extraordinarias. Es decir, los expertos han analizado el arte de componer versos, que tengan además de bellas palabras armónicamente compuestas, una fonética rítmica de acuerdo al texto.

A partir de la Iliada se da inicio a la literatura en occidente.

Pero a pesar de que la *Ilíada* fue compuesta en el siglo IX aC en forma oral y mandada a escribir por un tirano, Psístrato en el siglo VI aC; su obra narra historias sucedidas hacia tiempos aún más remotos.

La *Ilíada*, es la historia de un héroe, del más grande héroe de la Grecia antigua; Aquiles, hijo de Peleo. La Guerra de Troya se transforma solamente en el contexto histórico – temporal que permite narrar las proezas y desaciertos del héroe.

El hilo central del relato que repasa en cada batalla de los últimos meses en Troya, después de 10 años de asedio, pretende mostrar y engrandecer al héroe en todo su esplendor. La cólera de Aquiles, su dolor, su venganza, pretenden recordar en todo momento de la historia de Grecia que el hombre a pesar de sus bajezas es capaz también de las más grandes hazañas.

EL RELATO

Según Homero cuenta en la *Ilíada*, el rey de Micenas era el poderoso Agamenón, cuya tumba hasta el momento era desconocida. Agamenón era hijo de Atreo, razón por la cual era llamado el “atrida”. Su hermano era Menelao, rey de Esparta, ambos hermanos reyes de las ciudades más poderosas de Grecia. Menelao, era casado con HELENA, (“Griega”), mujer famosa por su deslumbrante hermosura.

En esta época y hasta hoy, los griegos practicaban la φιλοξενία, es decir, el amor al extranjero, el recibir de la mejor manera y con la mayor hospitalidad posible, era más que una norma de costumbre, una virtud deseable. Por esta razón, a ojos griegos, no había peor falta que menospreciar o desatender la hospitalidad recibida.

En una visita diplomática, dos de los hijos del rey de Troya Príamo, visitan Esparta, dónde son recibidos con la mayor hospitalidad por el rey Menelao.

El príncipe ALEJANDRO PARIS, queda embelesado por la belleza de Helena y en un acto de arrebató la rapta y se la lleva a Troya. (Hasta hoy en día no hay certeza sobre si efectivamente fue un rapto o si huyeron juntos de común acuerdo).

Esta es, sin duda, la peor humillación para los griegos. No sólo es la más horrible falta a la hospitalidad, sino que es una humillación para Menelao en cuanto hombre, luego en cuanto rey. Este suceso tiene consecuencias insospechadas.

La falta no es sólo en contra de Menelao, se trata de la reina de Esparta, por tanto, es también una humillación pública para su pueblo, y más aún una degradación para los griegos en general.

El rey Agamenón convoca un ejército Panhelénico, para ir en contra de Troya, citando a todas las polis griegas, que gustosas acuden el llamado. El mundo griego entero se implica en LA GUERRA DE TROYA.

Esto nunca había ocurrido en la historia de Grecia, cada pueblo funcionaba como ciudad estado independiente, pero todos se reconocen como griegos, es necesario salvar el honor griego. Agamenón se alza como el gran conductor de este ejército Panhelénico. Quien tenía serios intereses en conquistar una ciudad tan bien ubicada estratégicamente.

Efectivamente cuando termina la guerra de Troya, y la ciudad es incendiada, volvieron a Grecia, pero no se unieron, siguieron funcionando como polis independientes, aunque se consideraban así mismos, los grandes vencedores del universo, y el pueblo más poderoso de la tierra.

Cada pueblo volvió a su tierra, Agamenón vuelve a reinar sobre la “áurea Micenas”, en el Peloponeso. Cuenta la tradición que Agamenón, murió en Micenas, asesinado por su esposa, Clitemnestra, la que después de la muerte de su hija Ifigenia, y el abandono de Agamenón por 10 años, ya tenía un amante, con el que tramaron la forma de dar muerte a Agamenón una vez que regresó a Micenas.

Esto lo sabemos por la tragedia escrita por Esquilo en el siglo V aC, llamada "Agamenón".

REFLEXIONES EN TORNO A LA ILÍADA

La Iliada es un poema doloroso cuyos protagonistas son jóvenes de entre 18 y 19 años, bellos y fuertes, que mueren en cruel batalla.

Sus almas se convierten en sombras perdidas en el Hades, no existe la posibilidad de la resurrección al final de los tiempos como en la revelación cristiana.

Es una historia "patética". παθος. (Acción de padecer, lo contrario a la acción) Es una historia llena de padecimientos.

Es por esto que el dolor por los héroes muertos es provocado por la pasión, por ese sentimiento de padecer ansias de venganza e IRA tan dañinas para el espíritu humano.

La IRA arroja el alma humana. La Iliada como obra es producto de esta pasión, de la IRA de Aquiles. Es por ello un poema profundamente humano.

En la Iliada se habla de Aqueos, Dánaos o Argivos para designar a los griegos (nombre muy posterior que dan los romanos a los habitantes de la región sur de Italia, los Graes, por que recordemos que los griegos se llaman a sí mismos "Helenos").

Y de Teucros, para referirse a los troyanos, habitantes de la bella Ilión (Troya).

La fecha de la Guerra de Troya ha sido fijada por los expertos en el año 1280 aC aproximadamente.

La obra es el producto de la inteligencia épica, de la oralitura, ya que el griego Homérico nunca se habló, sólo se cantaba.

La Iliada se transforma en el fundamento de la Hélade, todos los griegos se reconocen en su poema nacional, todos los clásicos sabían la Iliada de memoria.

Está escrita magistralmente, cada palabra está ubicada en el lugar y con el sentido correcto.

Los personajes representan en sí mismos el complejo mundo de lo humano, pero también de lo divino. Por ello logra penetrar las fibras más recónditas del espíritu humano.



La Iliada se lee en Cantos (capítulos) y Hexámetros (que son como los versículos en la Biblia) Esta selección está basada en la Iliada de la Editorial GREDOS, o en la *Iliada*. Ed. Ibérica. Traducción de Manuel Vallvé con algunas modificaciones de María José Mora.

SELECCIÓN DE TEXTOS.

CANTO I

CANTO PRIMERO

Canta, oh diosa, la ira del Pelida Aquileo; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de perros y pasto de aves —cumplíase la voluntad de Zeus— desde que se separaron disputando el Atrida, rey de hombres, y el divino Aquileo.

DISPUTA ENTRE AQUILES Y AGAMENÓN

Mirándole con torva faz, exclamó Aquileo, el de los pies ligeros:

“¡Ah, imprudente y codicioso ! ¿Cómo puede estar dispuesto a obedecer tus órdenes ni un aqueo siquiera, para emprender la marcha para combatir valerosamente con otros hombres?

No he venido a pelear obligado por los belicosos teucros, pues en nada se me hicieron culpables no se llevaron nunca mis vacas ni mis caballos, ni destruyeron jamás la cosecha en la fértil Ftía, criadora de hombres, porque muchas umbrías montañas y el ruidoso .mar nos separan—, sino que te seguimos a ti, grandísimo insolente, para darte el gusto de vengaros de los troyanos a Menelao y a ti, ojos de perro.

No fijas en esto la atención, ni por ello te tomas ningún cuidado, y aún me amenazas con quitarme la recompensa que por mis grandes fatigas me dieron los aqueos.

Jamás el botín que obtengo iguala al tuyo cuando éstos entran. a saco una populosa ciudad de los troyanos: aunque la parte más pesada de la impetuosa guerra la sostienen mis manos, tu recompensa, al hacerse el reparto, es mucho mayor ; y yo vuelvo a mis naves, teniéndola pequeña, aunque grata, después de haberme cansado en el combate. haberme cansado en el combate.

Ahora me iré a Ftía, pues ¿o mejor es regresar a la patria, en las cóncavas naves: no pienso permanecer aquí sin honra para procurarte ganancia y riqueza.”

Contestó en seguida el rey de hombres Agamenón:

"Huye, pues, si tu ánimo a ello te incita; no te ruego que por mí te quedes ; otros hay a mi lado que me honrarán, y especialmente el pródigo Zeus.

Me eres más odioso que ningún otro de los reyes, alumnos de Zeus, porque siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas.

Si es grande tu fuerza, un dios te la dio.

Vete a la patria, llevándote las naves y los compañeros, y reina sobre los mirmidones ¹; no me importa que estés irritado, ni por ello me preocupo, pero te haré una amenaza:

¹Los mirmidones (en griego, Μυρμιδόνες) eran un antiguo pueblo de la [mitología griega](#), situado en la [Tesalia](#) meridional. Según la *Iliada* de [Homero](#), eran un pueblo valiente y con guerreros muy capaces, y en la [Guerra de Troya](#) lucharon bajo las órdenes de [Aquiles](#). Eran descendientes del rey [Mirmidas](#), un rey de [Ftiótide](#), y que a su vez descendía de [Zeus](#) y de una princesa llamada [Eurymedousa](#). Según la mitología, para la conquista de la bella princesa, Zeus se metamorfoseó en una [hormiga](#). (μυρμηδικι) Según el historiador [Estrabón](#) los mirmidones se dieron ese nombre (*hormigas*) porque para poder labrar los campos tenían que retirar muchos pedruscos formando largas cadenas humanas, como

Puesto que Febo Apolo me quita a Crispida, la mandaré en mi nave con mis amigos; y encaminándome yo mismo a tu tienda, me llevaré a Briseida, la de hermosas mejillas, tu recompensa, para que sepas bien cuanto más poderoso soy y otro tema es decir que es mi igual y compararse conmigo.”

Así dijo. Acongojóse el Pelida, y dentro del velludo pecho su corazón discurrió dos cosas: o, desnudando la aguda -espada que llevaba junto al muslo, abrirse paso y matar al Atrida, o calmar su cólera y reprimir su furor. Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón y sacaba de la vaina la gran espada, vino Atenea del cielo: envióla Hera, la diosa de los blancos brazos, que amaba cordialmente a entrambos y por ellos se interesaba.

Púsose detrás del Pelida y le tiró de la blonda cabellera, apareciéndose a él tan sólo; de los demás, ninguno la veía. Aquileo, sorprendido, se volvió y al instante conoció a Palas Atenea, cuyos ojos centelleaban de un modo terrible.

Y hablando con ella, pronunció estas aladas palabras; “Por qué nuevamente, oh hija de Zeus, que lleva la égida, has venido? ¿Acaso para presenciar el ultraje que me infiere el Atrida Agamenón?

Pues te diré lo que mefiguro que va a ocurrir: Por su insolencia perderá pronto la vida.”Díjole a su vez Atenea, la diosa de ojos de lechuza: “Vengo del cielo para apaciguar tu cólera, si obedecieres; y me envía Hera, la diosa de los blancos brazos, que os ama cordialmente a entrambos y por vosotros se interesa.

Ea, cesa de disputar, no desenvaines la espada e injúriale de palabra como te parezca. Lo que voy a decir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples y espléndidos presentes. Domínate y obedéceos.”

Y contestándole, Aquiles, el de los pies ligeros, le dijo: “Preciso es, oh diosa, hacer lo que me mandáis, aunque el corazón esté muy irritado. Proceder así es lo mejor. Quien a los dioses obedece, es por ellos muy atendido.”Dijo; y puesta la robusta mano en el argénteo puño, envainó la enorme espada y no desobedeció la orden de Atenea. La diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora Zeus, que lleva la égida, entre las demás deidades.

hacen las hormigas, ya que sus tierras eran áridas y pedregosas. [Peleo](#), padre de [Aquiles](#), fue rey de los mirmidones.

El Pelida, no amainando en su cólera, denostó nuevamente al Atrida con injuriosas voces.

"¡Ebrio, que tienes ojos de perro y corazón de ciervo! Jamás te atreviste a tomar las armas con la gente del pueblo para combatir, ni a ponerte en emboscada con los más valientes aqueos: ambas cosas te parecen la muerte. Es, sin duda, mucho mejor arrebatarte los dones, en el vasto campamento de los aqueos, a quien te contradiga. Rey devorador de tu pueblo, porque mandas a hombres abyectos; en otro caso, Atrida, éste fuera tu último ultraje.

Otra cosa voy a decirte y sobre ella prestaré un gran juramento: Sí, por este cetro que ya no producirá hojas ni ramos, pues dejó el tronco en la montaña, ni reverdecerá, porque el bronce lo despojó de las hojas y de la corteza, y ahora lo empuñan los aqueos que administran justicia y guardan las leyes de Zeus (grande será para ti este juramento) : "Algún día los aqueos todos echarán de menos a Aquileo, y tú, aunque te aflijas, no podrás socorrerles cuando muchos sucumban y perezcan a manos de Héctor, matador de hombres. Entonces desgarrarás tu corazón, pesaroso por no haber honrado al mejor de los aqueos."



Este Canto Primero se inicia con una disputa violenta a causa del botín de Guerra; una mujer.

El botín no sólo implica honor; en el código heroico el honor es fundamental. Que a un héroe le roben el botín después de repartido es gravísimo, más aún en el caso de Aquiles, que es el mejor de los héroes.

En vista del desaire, Aquiles solicita a los dioses que intervengan y destruyan a los aqueos para que le rueguen que regrese a la guerra. Los dioses intervienen a petición del hombre.

La disputa de este primer canto contiene el sentido completo de la obra, ambos hombres son poderosos, pero Homero cuida de mantener las diferencias cruciales.

Agamenón tiene poder porque manda sobre otros, pero Aquiles se sostiene por sí mismo, por que es un héroe excepcional.

Cuando Agamenón se enoja con Aquiles, cae en *Χολος*, en cólera, sin embargo, Aquiles cae en la IRA.

La Ira sólo la padecen los dioses, hasta en eso Homero es cuidadoso y pone la palabra exacta.

Desde el inicio de la obra la Ira de Aquiles es adecuada. Si no hubiese “ira” en Aquiles, no habría Iliada. La razón de lucha de Aquiles es la gloria, la única posibilidad de trascendencia a la que el héroe griego puede aspirar.

Por eso Aquiles prefiere una vida corta y gloriosa, antes que una vida larga y oscura.

La Iliada es también un libro educador. Como cualquier hombre iracundo y fuera de si en un momento Aquiles está decidido a asesinar a Agamenón, sin embargo, Atenea baja desde el cielo para hacerle entrar en razón.

Aquiles se debate entre el acto efusivo de ira o el control mental conciente de sus actos. Todo esto lo siente Aquiles en su corazón y de pronto baja Atenea desde el cielo, sólo él puede verla.

Atenea lo tira del pelo, desde la “cabeza” ahí en donde está el centro de la razón, por eso es precisamente Atenea quien lo tironea de la cabeza, porque ella es la diosa de la sabiduría, de la inteligencia.

En cambio en el pecho está el centro de las pasiones, lo irascible.

La cabeza es lo más importante en el hombre, Atenea representa el autodomínio de Aquiles. La razón, la voluntad domina el *παθος*. Domina la Ira.

Es la lucha entre el “yo” y el “ego”, con el triunfo del yo personal y espiritual por sobre lo material y bestial.

En realidad todo el debate está al interior de Aquiles, Atenea y los dioses representan la luz dentro del pensamiento humano, es la razón luminosa, eso son los dioses. La luz de los dioses inspira la conciencia humana.

En la medida que avanzan los cantos de la Iliada, los personajes van observando con horror como la terrible petición de Aquiles a los dioses se está cumpliendo y los aqueos mueren en manos de los “belicosos teucros”.



CANTO IX

Así montaban guardia los troyanos 138. Mientras, los aqueos eran presa del portentoso pánico, camarada de la gélida huida, y todos los más bravos estaban heridos de pena inaguantable.

Como conmueven el ponto, rico en peces, los dos vientos, ; el Bóreas y el Zéfiro, que soplan desde Tracia, llegando de repente, y con su impulso conjunto el oleaje negro se encrespa y echa a lo largo de la costa gran cantidad de algas, así se les desgarraba el ánimo en el pecho a los aqueos.

El Atrída, herido de enorme tristeza en el corazón, iba y venía, ordenando a los heraldos, de sonora voz, convocar a cada hombre por su nombre a la asamblea sin gritar, y él mismo se afanaba entre los primeros.

Se sentaron atribulados en el lugar de la asamblea; y Agamenón se levantó derramando lágrimas, como fuente de negras agua que desde una abrupta roca vierte su umbrío caudal.

Con llanto tan profundo, dijo entre los argivos estas palabras:

“¡Amigos, de los argivos príncipes y caudillos!

Zeus Cronida me ha atado fuertemente con pesada ofuscación, ¡el cruel!, que antes me prometió y garantizó con su asentimiento que regresaría tras saquear la bien amurallada Ilio, y ahora ha decidido un pérfido engaño y me ordena regresar a Argos sin gloria tras perder numerosa hueste.

Así parece que va a ser grato al prepotente Zeus, que ha demolido las cumbres de numerosas ciudades y aún destruirá otras, pues su poder es el más excelso.

Más, ea, como yo os voy a decir, hagamos caso todos: huyamos con las naves a nuestra tierra patria, pues ya no conquistaremos Troya, la de anchas calles”.

Así habló y todos se quedaron callados en silencio.



Después de arduas discusiones, Agamenón asiente en reconocer que necesitan de Aquiles y de que es imperioso enviar una embajada para convencerlo de que vuelva a la guerra, devolviéndole su botín arrebatado y otros regalos.

Odisea, Fénix y Ajax, los más cercanos a Aquiles van en embajada en el Canto IX para convencerlo de volver a pelear.

Fénix era quien había criado a Aquiles, una especie de nodriza. Ajax luchaba a su lado y cuando Aquiles muere y no le dan las armas de este, se suicida. Odisea es considerado por Aquiles como un hombre inteligente y perspicaz.

(Leer Ilíada, Canto IX. Hex. 185 en adelante, hasta hex. 204, luego desde hex. 221 a 275.

Luego hex. 307 a 345)



ILIADA

EXTRACTO CANTO IX

221 Tendieron las manos a los manjares preparados que había delante y después de saciar el apetito de bebida y de comida, Ayante hizo una seña a Fénix. La advirtió el divino Ulises y llenando la copa de vino se la tendió a Aquiles:

225 «¡Salud, Aquiles! De equitativa porción en el banquete no hemos carecido ni en la tienda del Atrida Agamenón ni tampoco aquí ahora. Muchas cosas apetitosas hay servidas para un festín.

Pero no nos ocupa ahora el delicioso banquete, sino una calamidad, alumno de Zeus, harto grande, que vemos y nos atemoriza.

Está en duda si pereceremos o si salvaremos las naves, de buenos bancos, a menos que tú entres en liza. Cerca de las naves y del muro han acampado los soberbios troyanos y sus aliados, cuya gloria viene de lejos, encendiendo muchas hogueras por el campamento, y aseguran que ya no resistiremos y que caeremos en las negras naves. Zeus Crónida les muestra presagios favorables y relampaguea. Y Héctor, haciendo gran gala de su brío, exhibe terrorífica furia confiado en Zeus y ya no respeta ni a hombres ni aun a dioses, pues una brutal rabia lo posee.

Implora que aparezca cuanto antes la límpida Aurora y amenaza cortar los emblemas que coronan la popa de las naves, prender arrasador fuego en ellas mismas y aniquilar a los aqueos junto a ellas, aturdidos bajo el humo.

Este atroz temor tengo en mi mente: que sus amenazas cumplan los dioses que entonces nuestro sino sea consumirnos en Troya, lejos de Argos, pastizal de caballos.

¡Venga, arriba si ansias, aunque sea bien tarde, proteger a los hijos de los aqueos, abrumados bajo el estruendo troyano!

A ti mismo te entrará más tarde la tristeza, mas no hay forma de remediar el mal ya hecho. Antes que sea demasiado tarde, piensa en cómo defender a los daños del funesto día.

*¡Mi tierno amigo! Tu padre, Peleo, te encomendó
aquel día en que te envié de Ftía ante Agamenón:*

'¡Oh, hijo mío! La fortaleza Atenea y Hera te la darán si así lo quieren.

255 *Tú el altanero ánimo domina en tu pecho, que la templanza es lo mejor.*

Pon fin a la disputa, causa de males; y así más te apreciarán los argivos, tanto jóvenes como viejos.'

*Eso te encomendaba el anciano, y tú lo olvidas. Mas aún ahora
cálmate y deja la ira, que corroe el ánimo. Agamenón te ofrece regalos dignos si depones
el enfado. Venga, escúchame tú, y yo te enumeraré
cuantos regalos en sus tiendas te ha prometido Agamenón:*

siete trípodes no tocados por el fuego, diez talentos de oro, veinte fogueados calderos, doce caballos briosos, campeones, que se han alzado con triunfos en carreras.

No carecería de recompensa el hombre que tuviera tantos bienes

—ni se quedaría sin adquirir muy preciado oro— como premios han obtenido en carreras los caballos de Agamenón.

Te dará siete mujeres, expertas en intachables labores, lesbianas, que cuando conquistaste la bien edificada Lesbos para sí escogió y que destacaban en belleza entre la raza de las mujeres.

Ésas te las dará y además estará la que entonces te quitó,

la muchacha de Brisco. Y también prestará solemne juramento

de que nunca ha subido a su cama ni se ha unido a ella, como es de ley, soberano, entre hombres y mujeres.

307 *Y en respuesta le dijo Aquiles, el de los pies ligeros: “¡Laertiada descendiente de Zeus, Ulises fecundo en ardides!*

Preciso es que os declare con franqueza la intención de mis sentimientos y como quedará cumplido. Así no vendréis uno tras otro a sentaros a mi lado y a halagarme.

312 *Aquéel me resulta igual de odioso que las puertas de Hades que oculta en sus mientes una cosa y dice otra.*

Pero te voy a decir lo que a mí me parece que es lo mejor:

a mí creo que ni me logrará persuadir el Atrida Agamenón ni los demás aqueos, porque bien se ve que nada se agradece el batirse contra los enemigos constantemente y sin desmayo.

Igual lote consiguen el inactivo y el que pelea con denuedo.

La misma honra obtienen tanto el cobarde como el valeroso.

Igual muere el holgazán que el autor de numerosas hazañas. 320

Ninguna ventaja me reporta haber padecido dolores en el ánimo exponiendo día a día la vida en el combate.

323 Como el pájaro lleva a sus crías todavía sin alas

la comida, cuando la coge, tarea que es bien penosa para él,
así yo también he pasado en vigilia muchas noches insomnes, 325

y ensangrentados días de combate han transcurrido batiéndome con guerreros por las esposas de ellos.

Doce ciudades de gentes he arrasado con las naves, y once a pie, lo aseguro, en la Tróade, de buenas glebas. De todas ellas muchos valiosos tesoros he saqueado, y todos los he traído y he ido dando a Agamenón Atrida. Y él, quedándose atrás junto a las veloces naves, los recibía, y repartía unos pocos y se guardaba muchos.

Fue dando el botín que correspondía a los paladines y reyes, y lo conservan intacto; de los aqueos sólo a mí me ha robado.

Ya tiene una placentera esposa; que pase con ella las noches y disfrute. ¿Por qué hemos de luchar con los troyanos los argivos? ¿Para qué ha reunido una hueste y la ha traído aquí el Atrida? ¿Acaso no ha sido por Helena, la de hermosos cabellos?

¿Es que los únicos de los míseros humanos que aman a sus esposas son los Atridas?

Porque todo hombre que es prudente y juicioso ama y cuida a la suya, como también yo amaba a ésta de corazón, aunque fuera prenda adquirida con la lanza.

Ahora que me ha quitado el botín de las manos y me ha engañado, que no haga otro intento; lo conozco bien y no me persuadirá. 345



Finalmente el anciano Fénix reflexiona sobre el sentido de la “Súplicas” y dice que son “viejas”, “cojas” y “bizcas”.

Son viejas, porque de tras de las súplicas está la sabiduría. No pueden ser jóvenes por que están ligadas con la conciencia y el autodomínio.

Son cojas porque “caminan lento y llegan tarde”. La pasión es rápida y fulminante, es casi instantánea. Las súplicas en cambio, llegan tarde porque necesitan tiempo para la reflexión.

Son bizcas, como las mujeres. La mujer no es frontal, merodea antes de llegar al punto central, buscan otra manera de lograr su objetivo. Son bizcas porque no son directas, sino que van indirectamente. Las súplicas no miran de frente.

La moral homérica recae en el sentido propio y prístino del héroe, “αιεν αριστευειν και υπεριχορων εμμεναι αλλον” “Siempre ser óptimo (supremamente excelente) y ser superior a los demás”. (Canto XI, hex. 784)

El héroe para ser héroe necesita ser el primero en el campo de batalla, y ser el primero en el ágora, es decir, lograr el equilibrio perfecto entre lo físico y lo intelectual.

En vista de las muertes que sufren los Aqueos, Patroclos el amigo de Aquiles se apiada de ellos y le pide a Aquiles sus armas para entrar en el campo de batalla.



CANTO XVI

- | | |
|------------------------|--|
| I.- hex. 1 al 100: | Patroclos y Aquiles |
| II.- hex. 101 al 123: | Punto álgido de la embestida troyana. Héctor incendia las naves. |
| III.- hex. 124 al 283: | Patroclo lidera contraofensiva. Mirmidones contra los teucros. |
| IV.- hex. 284 al 418: | Troyanos retroceden. Aristeia de Patroclos. |
| V.- hex. 419 al 683: | muerte de Sarpedón. Combate por su cuerpo. |
| VI.- hex. 684 al 867: | Patroclo sucumbe a manos de Héctor. |



CANTO XVI

Así luchaban alrededor de la nave, de buenos bancos ²⁵³, cuando Patroclus se presentó ante Aquiles, pastor de huestes, derramando cálidas lágrimas, como una fuente de negras aguas que desde una abrupta roca vierte su umbrío caudal. Al verlo se apiadó el divino Aquiles, de pies protectores, y, dirigiéndose a él, dijo estas aladas palabras:

«¿Por qué estás lloroso, Patroclo, como una niña ²⁵⁴ tierna que corre junto a su madre y le manda que la coja agarrándole el vestido, y la estorba en sus prisas y envuelta en lágrimas la mira para que la levante en brazos? A ésa te pareces, Patroclo, en las tiernas lágrimas que viertes. ¿Es que tratas de revelar algo a los mirmidones o a mí mismo, o has escuchado tú solo algún mensaje procedente de Ftía? Cuentan que aún vive Menecio, el hijo de Actor, y también está vivo entre los mirmidones el Eácida Peleo, y la muerte de ambos es lo que más nos afligiría. ¿O es que sientes lástima por los argivos, al ver cómo perecen junto a las huecas naves por culpa de su propia transgresión?

Habla, no lo ocultes en tu pensamiento: sepámoslo ambos.»

20 *Con profundos suspiros le respondiste, cochero Patroclo:*

«¡Aquiles, hijo de Peleo, con mucho el mejor de los aqueos!

No te enfades; tal es la aflicción que oprime a los aqueos.

Todos los que hasta hace poco eran los más bravos yacen entre las naves heridos por dardos o por picas.

25 *Herido de dardo está el Tidida, el esforzado Diomedes.*

Herido de pica está Ulises, insigne por su lanza, y Agamenón.

Herido por una flecha en el muslo está también Eurípilo ²⁵⁵.

De ellos se ocupan los médicos con sus muchas medicinas, curando sus llagas.

*Y tú te has vuelto implacable, Aquiles. **30** Que nunca me invada a mí una ira como esa que tú albergas, tan atroz. ¿Qué ventaja procurarás al que nazca en el futuro, si no apartas a los argivos del ignominioso estrago? ¡Despiadado! Tu padre no fue Peleo, el conductor de carros, ni Tetis tu madre; el garzo mar fue quien te dio a luz y las abruptas rocas, pues tus sentimientos son implacables.*

Si es que tratas de eludir en tus mentes algún vaticinio y te ha revelado algo de parte de Zeus tu augusta madre, al menos envíame a mí sin demora y dame el resto de la hueste de mirmidones, a ver si llevo una luz de salvación a los dánaos.

40 *Dame tu armadura para ponérmela en los hombros, a ver si me confunden contigo y renuncian al combate los troyanos, y los marciales hijos de los aqueos respiran de su quebranto. Aunque sea breve, es un respiro del combate. Los no fatigados fácilmente a los fatigados del griterío podemos empujar a la ciudad lejos de las naves y de las tiendas.»*

Así habló suplicando el muy insensato; pues su destino era el de suplicar para sí mismo la muerte cruel y la parca. Muy enojado le respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

«¡Ay de mí, Patroclo del linaje de Zeus, qué has dicho! Ni me importa ningún vaticinio que pueda conocer ni me ha revelado nada de parte de Zeus mi augusta madre; pero esta atroz aflicción me invade el corazón y el ánimo cada vez que un hombre intenta defraudar a un igual suyo y despojarle del botín, sólo por abusar de su poder. Una atroz aflicción me causa eso tras los dolores padecidos. La muchacha que los hijos de los aqueos me reservaron en prenda y que adquirí con mi lanza al saquear la bien amurallada ciudad me la ha quitado de las manos el poderoso Agamenón Atrida, igual que lo habría hecho con un vil exiliado.

Más dejemos en paz lo pasado. Ya veo que no era posible conservar en las mentes la ira para siempre. Y eso que estaba seguro de no poner fin a mi cólera sino cuando ya llegara el griterío y el combate hasta mis propias naves.

Revístete tú los hombros con mis gloriosas armas, ponte al frente de los combativos mirmidones y ve a la lucha, si es cierto que la oscura nube de los troyanos rodea las naves con gran poderío y que sobre la rompiente del mar tienen apoyadas las espaldas con poco espacio para maniobrar los argivos.

La ciudad de los troyanos acude completa, llena de audacia al no contemplar el frontal de mi casco brillando cerca; pronto habrían huido y las oquedades habrían llenado de cadáveres si el poderoso Agamenón hubiera sido benigno conmigo. Pero ahora luchan alrededor del campamento.

Y es que en las palmas del Tidida Diomedes no se agita la lanza, furiosa por apartar el estrago de los dánaos.

75 *Tampoco he oído hasta ahora la voz del Atrida dando gritos de su odiosa cabeza, sino la del homicida Héctor, que por doquier se quiebra llamando a los troyanos, quienes con sus vítores dominan todo el llano, victoriosos sobre los aqueos en la lid.*

Pero incluso así, Patroclo, aparta el estrago de las naves e irrumpe en medio con poderío; que con el ardiente fuego no prendan las naves y nos priven del caro regreso.

83 *Haz caso al último consejo que voy a dar a tus mientes; así ganarás quizá para mí una gran honra y gloria* **85** *de todos los dánaos, y entonces la bella muchacha me devolverán y además me procurarán espléndidos regalos* ²⁵⁶.

Vuelve aquí después de expulsarlos de las naves. Incluso si el altitonante esposo de Hera te concede alzarle con la gloria, no ansíes combatir lejos de mí

90 *contra los aguerridos troyanos; me dejarás más deshonrado* ²⁵⁷.

Ni tampoco por la vanagloria del combate y de la lid emprendas la marcha hacia Ilio exterminando troyanos, no sea que alguno de los sempiternos dioses baje del Olimpo e intervenga; mucho los ama el protector Apolo.

95 *Da la vuelta en cuanto la luz de la salvación en las naves restaures y déjalos proseguir aún la liza por la llanura.*

*¡Ojalá, Zeus padre, Atenea y Apolo, no escape de la muerte ninguno de cuantos troyanos hay ni tampoco ningún argivo, y que sólo nosotros dos emerjamos de la perdición y seamos **100** los únicos que desatemos las sagradas diademas de Troya.»*

Así conversaban ellos con tales razones.



Una vez que Patroclo se ha puesto las armas de Aquiles, viene lo que en la obra se conoce como la “Aristeia de Patroclos”.

“Aristeia” deriva del sustantivo ἀρετή, (areté), la plenitud de la virtud en el héroe Homérico. La sublimación de las virtudes, el equilibrio físico y espiritual perfecto al que debe aspirar un guerrero que se aprecie de tal. Es la mezcla perfecta entre la fuerza y la conducta moral correcta.

Aristeia se puede traducir como “excelencia”, pero en el sentido de la lucha en el campo de batalla.

Cuando un guerrero experimenta la “aristeia”, domina el campo de batalla por un periodo extenso. Es el punto culmine de su bravura militar.

Cuando Patroclos entra en el campo de batalla armado con los pertrechos de Aquiles, su aristeia es incomparable. Su “μενος”, su furia guerrera es insuperable. Derriba a valientes guerreros con una furia incomparable.

Pero en medio de la bravura de Patroclos, aparecen los dioses para cambiar su destino.

Es tan alta la furia guerrera de Patroclos, que sólo un dios la puede frenar, en ese instante aparece APOLO, protector de los teucros, que le da solemnidad a un momento de crucial importancia en la obra.



CANTO XVI

783 *Patroclo se arrojó entre los troyanos con funestas intenciones.*

Tres veces arremetió entonces, comparable al impetuoso Ares, entre pavorosos alaridos, y las tres veces mató a nueve mortales. 785 Más cuando ya por cuarta vez se arrojó, semejante a una deidad, entonces apareció ante ti, Patroclo, el término de la vida, pues Febo te salió al encuentro en la violenta batalla.

Surgió terrible, pero él no lo vio venir a través del tropel, pues se le acercaba oculto en una tupida bruma. 790

Se detuvo detrás y le golpeó la espalda y los anchos hombros con la palma de la mano, y sus ojos giraron vertiginosamente.

Febo Apolo le tiró de la cabeza el morrión; fue rodando con estrépito bajo las patas de los caballos el atubado yelmo, y las crines de su penacho se mancharon 795 de sangre y de polvo. Antes los dioses no habían consentido que aquella celada con penacho de crines se manchara de polvo, pues protegía la cabeza y la amable frente de un hombre divino, de Aquiles; pero entonces Zeus otorgó a Héctor llevarla sobre su cabeza, pues a él ya lo acechaba la muerte. 800

Se le quebró entera en las manos la pica, de luenga sombra, pesada, larga, compacta, provista de casquete, y se le cayó de los hombros al suelo el ribeteado broquel con el tahalí.

El soberano Apolo, hijo de Zeus, le desató la coraza.

805 El estupor se adueñó de él, se doblaron sus preclaros miembros y se paró atónito. Con la aguda lanza detrás, en la espalda entre los hombros, le acertó de cerca un guerrero dárdano,

«Euforbo Pantoida, que descollaba entre todos los de su edad con la pica, la destreza en el carro y la presteza de los pies.

Había derribado de sus caballos a veinte mortales la primera vez que había salido con el carro, aún un aprendiz en el combate. Éste fue el primero que te arrojó un dardo, cochero Patroclo, mas no te dobló.

Corrió atrás y se perdió en la muchedumbre en cuanto te arrancó de la carne el asta de fresno, sin resistir 815 ante Patroclo en la lid, a pesar de que estaba desarmado.

Patroclo, doblado por el golpe del dios y por la lanza, empezó a replegarse a la turba de los compañeros por eludir la parca.

Héctor, nada más ver al magnánimo Patroclo retrocediendo, herido por el agudo bronce, 820 llegó cerca de él entre las filas, le hirió con la lanza en lo más bajo del ijar y le hundió el bronce de parte a parte.

Retumbó al caer y causó gran pesar a la tropa de los aqueos.

Como cuando un león domina por la fuerza a un indomable jabalí, cuando ambos en las cimas de un monte luchan con gran fiereza

825 alrededor de un escaso manantial y los dos quieren beber, y el león logra doblegar por la fuerza al jadeante jabalí, así al fornido hijo de Menecio, tras haber matado a muchos, Héctor Priámida le arrebató la vida de cerca con la pica blasonando de su triunfo le dijo estas aladas palabras:

830 «¡Patroclo! Bien que asegurabas que asolarías nuestra ciudad, y arrebatarías el día de la libertad a las mujeres troyanas y las llevarías en las naves a tu tierra patria. ¡Insensato! En su defensa los ligeros caballos de Héctor han llegado al combate a galope tendido.

También yo con la pica **835** sobresalgo entre los combativos troyanos, porque les aparto del día fatal; a ti, en cambio, los buitres te devorarán aquí. ¡Infeliz! No te ha socorrido ni Aquiles, por valeroso que sea, que se ha quedado y sin duda te ha dado muchos encargos al salir:

'No regreses, oh Patroclo, conductor de caballos, a las huecas naves hasta que la túnica ensangrentada **840** del homicida Héctor hayas desgarrado alrededor del pecho'.

Sin duda eso te ha dicho y ha persuadido tu insensata mente.»

Desfallecido replicaste, Patroclo, conductor de caballos:

«Ya te has jactado ahora, Héctor, demasiado. Te han dado la victoria Zeus Crónida y Apolo, que me han doblegado **845** fácilmente; pues ellos me han quitado las armas de los hombros.

Aunque veinte como tú me hubieran salido al encuentro, todos habrían perecido aquí mismo, doblegados bajo mi lanza.

Pero el funesto destino y el hijo de Leto me han matado, y, de los hombres, Euforbo; tú al despojarme sólo eres tercero. **850**

Otra cosa te voy a decir, y tú métela en tus mientes: tampoco tú vivirás mucho tiempo; próximos a ti ya acechan la muerte y el imperioso destino, que te harán sucumbir a manos del intachable Aquiles Eácida.»

Apenas hablar así el Cumplimiento de la muerte lo cubrió.

855 El aliento vital salió volando de sus miembros y marchó al Hades llorando su hado y abandonando la virilidad y la juventud. Ya estaba muerto cuando el esclarecido Héctor le dijo:

«¡Patroclo! ¿Por qué me vaticinas .el abismo de la ruina? ¿Quién sabe si Aquiles, hijo de Tetis, de hermosos cabellos, **860** se anticipará y perecerá antes que yo, golpeado por mi lanza?»

Tras hablar así, arrancó la bronceína pica de la herida, apoyando encima el pie, y lo apartó boca arriba de la lanza.

A continuación, marchó con el astil en busca de Automedonte, escudero, comparable a los dioses, del velocípedo Eácida, **865** a quien ansiaba disparar; pero ya lo sacaban los ligeros caballos inmortales, espléndidos dones regalados por los dioses a Peleo.



La muerte de Patroclo marca un quiebre en el relato de la Iliada.

A partir de este hecho el curso de la historia cambiará radicalmente, por que su muerte provocará el tan esperado cambio en Aquiles, quien se decidirá por fin a entrar en la guerra.

La Ira cede al dolor de perder al amigo. Se transforma en una nueva pasión en el alma humana, la obra toma un nuevo sentido ante el fin de la Ira y el nacimiento de la más profunda venganza.



CANTO XVIII

Mientras los teucros y los aqueos combatían con el ardor de abrasadora llama, Antíloco, mensajero de veloces pies, fue en busca de Aquileo.

Hallóle junto a las naves, de altas popas, y ya el héroe presentía lo ocurrido; pues, gimiendo, a su altivo espíritu así le hablaba:

"¡Ay de mí! ¿Por qué los melenudos aqueos vuelven a ser derrotados y corren aturdidos por la llanura con dirección a las naves?

Temo que los dioses me hayan causado la desgracia cruel para mi corazón, que me anunció mi madre diciendo que el más valiente de los mirmidones dejaría de ver la luz del sol, a manos de los teucros, antes de que yo falleciera.

Sin duda ha muerto el esforzado hijo de Menetio. ¡Infeliz! Yo le mandé que tan pronto como apartase el fuego enemigo regresara a los bajeles y no quisiera pelear valerosamente con Héctor."

Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, llegó el hijo del ilustre Néstor y, derramando ardientes lágrimas, le dio la triste noticia :

"¡Ay de mí, hijo del aguerrido Peleo ! Sabrás una infausta nueva, una cosa que no hubiera de haber ocurrido.

Patroclo yace en el suelo, y teucros y aqueos combaten en torno del cadáver desnudo, pues Héctor, el de tremolante casco, tiene la armadura."

Así dijo; y negra nube de pesar envolvió a Aquileo.

El héroe cogió ceniza con ambas manos, la derramó sobre su cabeza, afeó el gracioso rostro y la negra ceniza manchó la divina túnica ; después se tendió en el polvo, ocupando un gran espacio, y con las manos se arrancaba los cabellos.

Las esclavas que Aquileo y Patroclo habían cautivado salieron afligidas, y dando agudos gritos fueron desde la puerta a rodear a Aquileo ; todas se golpeaban el pecho y sentían desfallecer sus miembros.

Antíloco también se lamentaba, vertía lágrimas y tenía de las manos a Aquileo, cuyo gran corazón se deshacía en suspiros, por el temor de que se cortase la garganta con el hierro.

Dio Aquileo un horrendo gemido; oyóle su veneranda madre, que se hallaba en el fondo del mar, junto al padre anciano, y prorrumpió en sollozos ; y cuantas diosas nereidas había en aquellas profundidades, todas se congregaron a su alrededor.

"¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me lo ocultes. Zeus ha cumplido lo que tú, levantando las manos, le pediste: que todos los aqueos, privados de ti, fueran acorralados junto a las naves y padecieran vergonzosos desastres."

Exhalando profundos suspiros, contestó Aquileo, el de los pies ligeros:

"¡Madre mía! El Olímpico, efectivamente, lo ha cumplido; pero ¿qué placer puede producirme, habiendo muerto Patroclo, el fiel amigo a quien apreciaba sobre todos los compañeros y tanto como a mi propia cabeza?

Lo he perdido, y Héctor, después de matarle, le despojó de las armas prodigiosas, encanto de la vista, magníficas, que los dioses regalaron a Peleo, como espléndido presente, el día en que te colocaron en el tálamo de un hombre mortal. Ojalá hubieras seguido habitando en el mar con las inmortales ninfas y Peleo hubiese tomado esposa mortal.

Mas no sucedió así, para que sea inmenso el dolor de tu alma cuando muera tu hijo, a quien ya no recibirás vuelto a la patria; pues mi ánimo no me incita a vivir, ni a permanecer entre los hombres, si Héctor no pierde la vida, atravesado por mi lanza, recibiendo de este modo la condigna pena por la muerte de Patroclo Menetfada."

Respondióle Tetis, derramando lágrimas: "Breve será tu existencia, a juzgar por lo que dices; pues la muerte te aguarda así que Héctor perezca."

Contestó muy afligido Aquileo, el de los pies ligeros: "Muera yo en el acto, ya que no pude socorrer al amigo cuando lo mataron: ha perecido lejos de su país y sin tenerme al lado para que le librara de la desgracia. Ahora, puesto que no he de volver a la patria tierra, ni he salvado a Patroclo ni a los muchos amigos que murieron a manos del divino Héctor, permanezco en las naves cual inútil peso de la tierra, siendo tal en la batalla como ninguno de los aqueos, revestidos de bronce, pues en el ágora otros me superan.

Ojalá pereciera la discordia para los dioses y para los hombres, y con ella la ira, que encruelece hasta al hombre sensato cuando más dulce que la miel se introduce en el pecho y va creciendo como el humo.

Así me irritó el rey de hombres Agamenón. Pero dejemos lo pasado, aunque afligidos, pues es preciso refrenar el furor del pecho. Iré a buscar al matador del amigo querido, a Héctor, y yo recibiré la muerte cuando lo dispongan Zeus y los demás dioses inmortales.

Pues ni el fornido Heracles pudo librarse de ella, con ser carísimo al soberano Zeus Crónida, sino que la parca y la cólera funesta de Hera le hicieron sucumbir.

Así yo, si he de tener igual muerte yaceré en la tumba cuando muera; mas ahora ganaré gloriosa fama y haré que algunas de las matronas troyanas o dardanias, de profundo seno, den fuertes suspiros y con ambas manos se enjuguen las lágrimas de sus tiernas mejillas.

Conozcan que durante largo tiempo me he abstenido de combatir. Y tú, aunque me ames, no me prohíbas que pelee, pues no lograrás persuadirme."



Aquiles se ha decidido a entrar en la batalla, empujado por la sed de venganza en contra de Héctor, quien ha dado muerte a su amigo, y se ha quedado con las armas.

Es por esto que antes que todo Aquiles necesita de nuevas armas para combatir. Su madre Tetis, le pide nada más y nada menos que a Hefestos, el dios de la fragua que haga para su hijo nuevas armas. El dios accede y construye para Aquiles las armas más bellas jamás vistas en la historia.

Es aquí cuando Homero rompe los esquemas del ritmo de la obra y se detiene solamente para contar con extremo detalle, la fabricación de las nuevas armas de Aquiles.

Al final del canto XVIII, relata como Hefestos ha creado para el mejor de los aqueos las armas divinas, que le acompañaran en la cruel batalla.

(EL ESCUDO DE AQUILES. Canto XVIII.)²

Luego, Aquiles, en un solemne ritual, viste sus nuevas armas para enfrentar la parca con Héctor.

Es una nueva armadura para una nueva ira.



CANTO XIX

365 *Sus dientes rechinaban, los dos ojos le brillaban como si fueran llamaradas de fuego, y el corazón en su interior estaba inundado de una insufrible tristeza. Airado contra los troyanos, se vistió con los dones que Hefesto le había forjado con esmero.*

*Primero se colocó alrededor de las pantorrillas las grebas **370** bellas, ajustadas con áureas tobilleras;*

En segundo lugar, alrededor del pecho se puso la coraza.

A los hombros se echó la espada, tachonada con clavos de plata, bronceína; a continuación cogió el alto y compacto escudo, cuyo resplandor llegaba tan lejos como el de la luna.

375 *Como cuando desde el Ponto se les aparece a unos marineros el destello de un incandescente fuego que arde sobre un monte en un solitario establo; y contra su voluntad los vendavales los arrastran lejos de los suyos sobre el mar, rico en peces; así llegaba al éter el resplandor del escudo de Aquiles, **380** bello, primoroso.*

Luego alzó el ponderoso yelmo y se lo caló en la cabeza.

*Como un astro refulgía el yelmo con su penacho, y ondeaban alrededor las crines áureas que Hefesto había apretado hasta formar un crestón. Aquiles, de la casta de Zeus, se probó las armas, para ver si le cuadraban y permitían correr a sus ilustres miembros. **385***

² Homero. *Iliada*. Ed. Ibérica. Traducción de Manuel Vallvé. P. 277.

*Le sentaban como alas y en volandas al pastor de huestes
lo elevaban.*

*De un estuche sacó la paterna pica pesada, larga y compacta; ningún otro de los
aqueos podía blandirla; sólo Aquiles era capaz de blandir la peliada lanza de
fresno, que Quirón había procurado a su padre **390** de la cima del Pelio, para que
fuera matanza de héroes.*

*Automedonte y Alcimo se ocupaban de los caballos y los uncían: asentaron
alrededor bellas colleras, metieron los bocados en las mandíbulas y tensaron las
riendas atrás, en dirección a la bien ensamblada caja. La reluciente fusta **395**
cogió y ajustó bien a su mano, y saltó sobre los caballos Automedonte.*

*Detrás montó con el casco calado Aquiles, resplandeciente con las armas como el
radiante Hiperión, y con pavorosos gritos jaleó a los caballos de su padre.*



Luego en el canto XXII, aparece el relato del encuentro entre Héctor, el matador de hombres y Aquiles, el de los pies ligeros.

Es un enfrentamiento extraordinario. Sin duda, el clímax de la obra entera, su razón de ser.

Héctor, dentro de su furia recapacita y teme cuándo ve a Aquiles, que reluciente resplandece con su armadura, y Héctor viste la que le quitara a Patroclo.

En medio de esos dos héroes extraordinarios, Homero deja el tiempo y la historia sostenidos en un instante crucial.

Héctor, es un héroe nacional, lucha por defender su ciudad, por el honor y la gloria de proteger a los suyos.

Aquiles, en cambio lucha por su propia gloria, por venganza, por dolor, por conseguir la trascendencia.

En medio de ambos, el escudo. El mundo entero, cuya historia cambiará a partir de la definición de aquella batalla. El mundo entero protege a Aquiles, una vez que los dioses han definido el destino humano.

El canto XXII es de una potencia y patetismo sin igual. Durante toda la obra, Homero ha levantado la figura de Héctor como antagonista digno de Aquiles, de tal modo que en momentos pareciera que cualquiera de los dos puede resultar vencedor.

En juego, no está la guerra, el tesoro de la ciudad, o Helena. En juego está la vida. Uno de los dos perecerá irremediablemente, la muerte se transforma, entonces, en compañera de la eternidad.

Sólo la muerte del héroe consigue traspasar la brecha de tiempo y extenderse a la eternidad, sólo la muerte en la batalla, le da al héroe el sentido pleno del honor y la gloria.

La batalla termina con la muerte de Héctor, y el llanto desgarrador de sus padres y de su mujer, que con un llanto doloroso cierra el canto XXII, al observar el cruento ultraje del cuerpo de su marido.

Príamo se somete a una dolorosa humillación; se encamina a las huestes aqueas para pedir a Aquiles el cuerpo de su hijo Héctor que ha sido ultrajado, pisoteando el código heroico.

Los dioses están molestos con la nueva ira de Aquiles, y ayudan a Príamo a llegar ileso hasta su tienda.



CANTO XXIV

477 El gran Príamo entró sin ser visto, se acercó a Aquileo, le abrazó las rodillas y besó aquellas manos terribles, homicidas, que habían dado muerte a tantos hijos suyos.

Como quedan atónitos los que, hallándose en la casa de un rico, ven llegar a un hombre que, poseído de la cruel Ate, mató en su patria a otro varón y ha emigrado a país extraño, de igual manera asombróse Aquileo de ver al deiforme Príamo; y los demás se sorprendieron también y se miraron unos a otros. Y Príamo suplicó a Aquileo, dirigiéndole estas palabras :

"Acuérdate de tu padre, Aquileo, semejante a los dioses, que tiene la misma edad que yo y ha llegado al funesto umbral de la vejez. Quizás los vecinos circunstantes le oprimen y no hay quien le salve del infortunio y de la ruina; pero al menos aquél, sabiendo que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su hijo, llegado de Troya.

Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos excelentes en la espaciosa Troya, puedo decir que de ellos ninguno me queda.

Cincuenta tenía cuando vinieron los aqueos: diecinueve procedían de un solo vientre; a los restantes diferentes mujeres les dieron a luz en el palacio.

A los más el furibundo Ares les quebró las rodillas; y el que era único para mí, pues defendía la ciudad y sus habitantes, a ése tú lo mataste poco ha, mientras combatía por la patria, a Héctor; por quien vengo ahora a las naves de los aqueos, a fin de redimirlo de ti, y traigo un inmenso rescate.

Pero respeta a los dioses, Aquileo, y apiádate de mí, acordándote de tu padre; que yo soy todavía más digno de piedad, puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a mi boca la mano del hombre matador de mis hijos."

Así habló. A Aquileo le vino deseo de llorar por su padre, y, asiendo de la mano a Príamo, le apartó suavemente.

Entregados uno y otro a los recuerdos, Príamo, caído a los pies de Aquileo, lloraba copiosamente por Héctor, matador de hombres, y Aquileo lloraba unas veces a su padre y otras a Patroclo; y el gemir de entrambos se alzaba en la tienda.

Mas así que el divino Aquileo se hartó de llanto y el deseo de sollozar cesó en su alma y en sus miembros, se alzó de la silla, tomó por la mano al viejo para que se levantara y, mirando compasivo su blanca cabeza y su blanca barba, díjole estas aladas palabras:

"¡Ah, infeliz! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado.

¿Cómo osaste venir solo a las naves de los aqueos, a los ojos del hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro tienes el corazón.

Mas, ea, toma asiento en esta silla, y aunque los dos estamos afligidos, dejemos reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para nada aprovecha.

Respondió en seguida el anciano Príamo, semejante a un dios:

"No me hagas sentar en esta silla, alumno de Zeus, mientras Héctor yace insepulto en la tienda. Entrégamelo cuanto antes para que lo contemple con mis ojos, y tú recibe el cuantioso rescate que te traemos.

Ojalá puedas disfrutar de él y volver al patrio suelo, ya que ahora me has dejado vivir y ver la luz del sol."

Mirándole con torva faz, le dijo Aquileo, el de los pies ligeros:

"¡No me irrites más, oh anciano ! Tengo acordado entregarte a Héctor, pues para ello Zeus me envió como mensajera la madre que me dio a luz, la hija del anciano del mar.

"Tu hijo, oh anciano, rescatado está, como pedías: yace en un lecho, y al despuntar la aurora podrás verlo y llevártelo.

Ahora pensemos en cenar, pues hasta Níobe, la de hermosas trenzas, se acordó de tomar alimento cuando en el palacio murieron sus doce vástagos : seis hijas y seis hijos florecientes.

En diciendo esto, el veloz Aquileo se levantó y degolló una blanca oveja; sus compañeros la desollaron y prepararon bien, como era debido; la descuartizaron con arte y cogiendo con pinchos los pedazos, los asaron cuidadosamente y los retiraron del fuego.

Automedonte repartió pan en hermosas cestas, y Aquileo distribuyó la carne.

Ellos alargaron la diestra a los manjares que tenían delante; y cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y de beber Príamo Dardánida admiró la estatura y el aspecto de Aquileo, pues el héroe parecía un dios; y a su vez Aquileo admiró a Príamo Dardánida, contemplando su noble rostro y escuchando sus palabras."